

LA PREDICACIÓN DEL ANCIANO: POR IGNORADAS RUTAS¹

Aquella tarde el anciano estaba triste. En más serenos días, me había anunciado, con gesto de vaticinio, la gloria de un nuevo porvenir, la exaltación de una nueva juventud, la divina primavera de los tiempos próximos. Esta vez, vagamente iluminado por la luz de una lámpara insegura y melancólica, como en el poema de Espronceda, hablaba de la muerte, de la nada, del cristal roto de la vida. Había concluido la lectura de un libro, *Les derniers entretiens*, en el cual Renouvier, moribundo y estoico, confesaba su ansia contenida de vivir y decía cuán bello es el sol a la mirada de sus ojos pensadores que se iban a cerrar. Y silencioso, arrugando la frente agrietada y enigmática como un surco, vivía con su enervador ensueño, en aquella tarde obscurecida y solemne, donde ya vagaban, despertados por el crepúsculo, los rumores de una larga noche invernal.

Y habló lentamente el anciano, ante el tenaz requerimiento de mi curiosidad y de mi esperanza. Era otro el tono de su discurso, que había perdido la robustez de las viejas afirmaciones, la juventud de las profecías virilizadoras. Hacia el misterio y hacia la muerte iban su corazón y su pensamiento. En vano perseguía yo, con fervor de discípulo, el salmo de la vida y el verbo del futuro.

Y así dijo venciendo paulatinamente su decepción y su tristeza:

«¡Qué serena muerte la de este gran filósofo, entre recuerdos evocados de Lucrecio y nimbos de misterioso crepúsculo! He pensado en Marco Aurelio y en los estoicos, vencedores del dolor y del destino, ante estas

¹ «Por ignoradas rutas». Publicado en *Hombres e ideas de nuestro tiempo*, Valencia, 1907, pp. 213-227. [THM]

últimas páginas de Renouvier. Y es que voy filosofando, y por lo mismo, como decía Spinoza, aprendiendo a morir. Vosotros los jóvenes no podéis ver la vida con este ambiente de eternidad que exigía el judío holandés, pulimentador de vidrios y de teoremas morales. Tenéis el sentido de lo que pasa y no el sentido de lo que es: sabéis del *devenir* y no del *esse*. Para vosotros el ideal es una realidad que se hace; para mí, una utopía del pasado, una realidad que no será. Y sólo la muerte decide de los problemas finales.

«A medida que avanzo hacia ella, la rechazo serenamente, conscientemente, y amo la vida. El deseo de morir es, más que el ansia de vivir, una forma de egoísmo. Cuando nos hemos agitado y pensado y amado por largos años, comprendemos la injusticia de la universal fatalidad. ¡Ah si pudiéramos sugerir al mundo inquieto el secreto de la esfinge que nos espera más allá del Leteo! La muerte sería así fecunda y luminosa. Pero morir para renovar, ante cada tumba, el mismo misterio, sin esclarecerlo; para satisfacer, individualmente, inútilmente, esa última curiosidad de que hablaba Guyau; cuando hemos vivido ante un pasado apenas descubierto y un porvenir siempre ignorado, sin saber el secreto de las almas ni el enigma de las cosas, ¡cuán lejos está ello de todo amor y de todo altruismo! Ante la muerte deberíamos todos pedir, como el héroe de Ibsen: “¡El sol!, ¡el sol!” , porque en ese sol está la vida. Somos demasiado humanos, carne preparada por los siglos, amasada por todos los atavismos, para abandonar la vida con la fría indiferencia de un huésped inútil. Quisiéramos, al vivir, cambiar con levísima oscilación el eje del futuro; destrozarnos la sed de las injusticias acumuladas, poner una lágrima de amor y una sugestión de tolerancia en los credos petrificados, levantar, en el alma de las nuevas generaciones, el culto de la acción, de la verdad y del amor, y cuando la muerte llega a destruir con choque prematuro esta ilusión, quisiéramos decir a los que quedan la palabra afirmativa o destructora que se oculta tras la definitiva derrota, crepúsculo de todos los sueños o aurora de todas las esperanzas. ¡Oh!, la muerte es el acto final de una tragedia de egoísmos. Y ante ella, yo os pido vocación para la vida intensa y abierta. No sé qué pensar de esa vuelta eterna de las cosas que aterraba a Nietzsche: yo amo esa nueva aparición en el gastado escenario de la vida, esa sucesión sonambulesca de fantasmas enviados por los cambios de la mecánica universal. ¿Quién sabe si en la desconocida sucesión de los tiempos, en algún cielo remoto, una mínima desviación en la combinación de los átomos, un *dinamen* en el sentido epicúreo, traerá, sobre otros mundos, la perdida armonía de

las cosas, la penetración amorosa de las conciencias, la final aproximación, el equilibrio divino de lo que soñamos y de lo que somos, de la realidad y del ideal, la nueva ciudad donde todas las almas asciendan a la misma luz, donde el hombre pueda adivinar, más allá de la penumbra del misterio, la certidumbre de alguna verdad, que sirva de nexo entre la realidad y la utopía?

«Pero yo, al menos, privado como estoy de tal consuelo, quisiera morir en comunión con todas las cosas. No busco el nirvana de los budistas, yo, que soy afirmador de la vida. Aquí, en este clima sin viriles transiciones, ondulante y voluptuoso como una odalisca, el alma se adormece, bajo la monotonía enervante de la misma caricia. *Emollit animos clementia coeli*, decía nuestro viejo Unanue. Al menos, en otras regiones, se asiste a la muerte de las cosas, a la resurrección de la vida, a la madurez otoñal de la tierra fecunda. Allí la naturaleza nos enseña a vivir y a morir. Yo escogería, para el fatal aniquilamiento de mi ser, no la tristeza desfalleciente de un insano, de árboles desnudos de nieve casta, de persistente media luz, sino la fiesta de las cosas, la orgía de la luz, el primer brote de nuevas florescencias, el inquieto latido de un mundo en gestación. Para morir así, amando la vida, y superior con el pensamiento a la muerte».

Y así continuó el anciano, dominado por sombríos pensamientos, para volver después al tema predilecto de sus meditaciones, a nuestro medio, a nuestra raza y a nuestra historia. Y allí fue larga su oración, escéptica a veces, levemente optimista en sus conclusiones.

«No llevo la tristeza de mis pensamientos habituales, huéspedes obligados de mi celda de visionario, al problema de nuestro porvenir. El olvidado aliento de mi mocedad remota me agita entonces para pedirme afirmaciones consoladoras. Antes de callar, quisiera decir sinceramente un nuevo salmo generoso. Pero hay tantas miserias en la realidad, que en vano me embarco en la carabela de mis sueños. Yo os quisiera ver marchar por ignoradas rutas, y apenas vislumbro aisladas, efímeras transformaciones. Muchas veces me abandona la esperanza ante el espectáculo de la estrechez intelectual, de la intolerancia, de la vida perezosa, del fanatismo tortuoso, del materialismo invasor. Nos movemos en el círculo de tantas fatalidades históricas, automatismo incásico, inquisición colonial, vanidad republicana, que no sé de dónde podrá venir la regeneración esperada por unos y por otros, anunciada y prometida. Yo confieso mi indecisión, la vaguedad de mi esperanza, la intermitencia de mi pesimismo.

«No ignoro, antes bien, aplaudo y amo lo que se hace, en la *fama* de las cosas, en el engranaje administrativo, en la evolución de la riqueza común. Pero me inquieta esta exaltación tradicional de la apariencia, en una raza que no ahonda la vida ni sabe de su destino. En vano he consagrado tristes desvelos a nuestra historia, para saber qué hemos querido en ochenta años de existencia, contra el determinismo de las cosas y de los tiempos. No lo sé; me atrevo a sugerir que nunca hubo tal pensamiento, que nunca supimos del ideal y de sus exigencias, que hemos vivido, con existencia contradictoria e inconsciente, sin discutir nuestra herencia, aceptando las imitaciones, sin la conciencia de nuestro ser y de nuestro destino. Suprema frivolidad, desesperante inconciencia, trágica disciplina de una historia que no tiene el sello aristocrático y la espiritualidad discreta del virreinato ni la imponente ordenación del comunismo incásico. Condenábamos la realidad en nombre de vanos y retóricos idealismos, pero nunca hicimos crítica social. Inquietos y variables, no aceptamos ni la fecunda monotonía del trabajo ni la lenta y espontánea corrección de los moldes políticos. Fuimos los eternos famélicos de los cambios decorativos, de las superfetaciones engañosas, de las agitaciones algo bufas, algo trágicas, de una fantasía reñida con las imposiciones de la vida.

«Exigencia sin ideal, agitada por ensueños retóricos o por turbulencias discontinuas: tal es la síntesis sombría de nuestra historia. Y no hablo yo, anciano de añosa experiencia, de un ideal hecho de fe romántica y de lejanos mirajes, sino de una aspiración concreta y progresiva, que se impone a la realidad, sin olvido de sus limitaciones ni excesos de dogmatismo ideológico, clavados a orillas de un océano en que se preparan las batallas de la futura hegemonía, mutilados en nuestro territorio, inquietados por odios históricos, turbados por la heterogeneidad de nuestras razas, por la soledad de nuestras llanuras, por el misterio de nuestros bosques codiciados e ignotos; nada previmos antes de la bancarrota, acariciados por el engañoso privilegio de una riqueza efímera. En la vida internacional, no tuvimos la visión del equilibrio americano; en la hacienda, agotamos el crédito; en la política interior, nos dividimos en facciones bizantinas. Y así, pródigamente, sin instinto de conservación o de defensa; acumulando errores y superponiendo derrotas; improvisadores en el dominio científico; teóricos en el orden de las realidades, hemos vivido bajo el imperio del destino antiguo, mientras a nuestro lado, otros pueblos espiaban nuestra decadencia.

«¿Creéis vosotros, jóvenes de hoy, compendios de la patria futura, anunciadores de renacimiento y de grandeza, que ese ideal, sin el cual son los pueblos *clanes* primitivos y frágiles, vive ya en el alma común, y que hay algo que lo prepara en los movimientos espontáneos, en las voces de la opinión, en las direcciones del magisterio, en las afirmaciones del periodismo? ¿Sabemos adónde vamos? ¿Lo sabéis vosotros, en quienes va encerrado el misterio del porvenir? ¡Cuántos problemas va a resolver nuestro siglo en el continente nuevo! Ya no es sólo la vida nacional, con sus ensayos democráticos, con sus corrientes inmigratorias, con sus reformas políticas, la que está en juego, sino la tradición de la raza, española y latina, nuestra tierra, nuestro glorioso atavismo. Y nuestro ideal no debe ser ya sólo la determinación de propósitos inmediatos, sino la visión de un problema vasto y complejo, en que hay acciones y reacciones sucesivas, en que la previsión debe extenderse hasta los limbos de un futuro siempre alejado.

«Tal es la tarea vuestra, inmediata, severa y difícil: formular ese ideal, contra los exclusivismos del pasado, contra las abstracciones de los ideólogos. Y después unirlo conjuntamente con el don generoso de nuestra juventud no gastada, con el avance resuelto de una caravana sagrada, a la que no detiene la inclemencia de los días presentes. No hagáis de ese común propósito una nueva retórica. No deis fe a las transformaciones verbales, a la acumulación de las leyes, a los grandes programas y a las grandes promesas. No creáis que el porvenir está en la federación o en el centralismo, que son cuadros políticos, en el catolicismo o en la libertad de pensar, que son formas de la mentalidad humana. Cambiad —y esa será vuestra gloria— la tabla de los valores nacionales. No toméis la forma por la materia, la apariencia por la realidad, la cristalización de un día por la virtualidad de un espíritu eterno.

«Yo os predico tres direcciones en vuestro ideal: la tolerancia, la solidaridad, la primacía de los intereses morales. Bien sé que no puede agotarse el contenido de un idealismo fecundo; que la concreción del lenguaje no sabe expresar la interior ansiedad, el roto secreto de las almas grandes. No quiero daros un evangelio ni arrojar la exuberancia de nuestro pensamiento, en el molde medioeval de un silogismo. Os inspiro grandes motivos para vuestra armonía interior, para el desarrollo espontáneo de vuestro ritmo propio.

«La intolerancia es nuestra ceguera incurable, según la frase de William James, el gran maestro de los *ideales de la vida*. No comprendemos la originalidad de cada ser, la dignidad de otras vidas, la libertad de otras

conciencias, la espontaneidad de otros amores. Tenemos el egoísmo de la inteligencia y del corazón. Somos dogmáticos en el sentimiento, en la fe, en la moda, en la opinión, en la indumentaria, en la política.

«Sólo concebimos un pensamiento monótono, un sentimiento mediocre y nivelado, una acción sujeta a los mismos eternos moldes. Odiamos la originalidad, la individualidad, la convicción propia, el gesto nuevo, el verbo inesperado. Nunca hemos respetado lo que Emerson llamaba «la santidad de todo lo que es profundo». Amamos la libertad de pensar, sin saber pensar; profesamos una religión, sin comprenderla ni vivirla. ¡Oh ironía!

«Nuestra lógica procede por oposiciones, por extremos irreductibles, por cerrados absolutismos. Tenemos todas las tonalidades del jacobinismo, desde el negro hasta el rojo, desde el fanático hasta el radical. Somos unas veces los caballeros de la Utopía y otras, los Quijotes del sentido práctico.

«Hemos exagerado nuestro verbalismo con *clichés* y categorías de campanario. Juzgamos el mundo desde la celdilla de nuestro egotismo. Y cuando hemos estudiado un fragmento de la realidad, dogmatizamos, con la ingenua presunción de una ignorancia agresiva; nos falta el grande, el moderno sentido de la relatividad, que crea la evolución en las cosas, la tolerancia en los hombres.

«Creedme, vástagos predilectos de mi patria, realizadores seguros de mi ensueño. Cuando un viento de absoluta tolerancia y de independencia en la vida se levante sobre nuestros torreones estrechados para derribarlos en nombre de la libertad, otro espíritu fecundará nuestras tierras, otro destino se impondrá a nuestras almas. ¿Qué ha faltado a nuestra inteligencia? No el brillo, no la improvisación desordenada y sugestiva, no la asimilación flexible y dominadora, pero sí la inducción, la complejidad en la observación, la lentitud en la síntesis, la sumisión al hecho y a sus imposiciones. Jóvenes, comenzad a pensar libremente, audazmente, para hacerlo después sabiamente. Respetad la fuerza de todo credo vivido, de todo pensamiento hondo y libre. «La religión es cosa magnífica para la ciencia pura», dice el gran Harnack. *Es ist eine herrliche Sache, um die reine Wissenschaft die Religion.* La ciencia es una disciplina gloriosa, donde la sinceridad y el esfuerzo, el espíritu crítico y el ansia de certidumbre, la duda sugeridora y la inducción prudente, educan el alma para el ideal, para la razón y para la tolerancia. Separad en nuestro espíritu ambos dominios; que sólo se mezclan en unión bastarda y efímera. No confundáis la sugestión sentimental de la fe con el

toque luminoso de la razón. Sed liberales en la simpatía por toda fe rica y profunda. Pero condenad virilmente todo fanatismo agresivo, toda religión, aristocrática y exclusiva, toda creencia que, abandonando la discreta soledad del fuero interior, se lanza a conquistar el dominio civil, a cerrar horizontes intelectuales, a condenar el amor y a entristecer la vida. Envolved en sudario de púrpura a los dioses que se van, a los ideales que mueren, a todas las intrusas supervivencias de un pasado histórico.

«Y no creáis, amigos de mi senectud, simpáticos execradores de la vida, que hemos alcanzado verdades absolutas. Nos rodea el misterio, nos inquietan nuevos problemas, nos parece siempre más vasto el dominio de lo cognoscible. La juventud tiene excesiva fe en la razón; la ancianidad se refugia en el enervador consuelo de una fe no demostrada. Vosotros, creyentes o escépticos, respetad el grande, el imponderable misterio que Spencer adivinó en la reconciliación indefinidamente lejana de la religión y de la ciencia. Hay que deciros la vieja palabra de Horacio al amigo escéptico en ese drama shakespeariano, que he meditado tantas veces: «Hay más cosas en el cielo y en la tierra, que las que sabe nuestra filosofía».

«Y en fin, si os divide una convicción, si os separa un prejuicio, tened al menos solidaridad y entusiasmo en la acción. Que no sea la envidia el principio disolvente de nuestra vida, que esa fatal herencia de raza se aniquile en el círculo de un infierno dantesco. Yo veo en ese estigma, anciano como soy y separado de terrenales ambiciones, un signo de estancamiento o de decadencia. Es el temor a la vida, es el culto del bienestar perezoso, es el personalismo exclusivo y débil, es la suprema flaqueza de un sentimiento empobrecido.

«Y después de ahogar este germen de disolución nacional, levantad sobre todos los intereses los estímulos de una superior moralidad. Hay un fetiche que ya veo en muchos altares, donde nunca debiera quemarse el incienso de los jóvenes: es la divinidad moderna, es Mammón, el icono del oro. Yo respeto la riqueza, que es el signo y el poder de nuestros tiempos, el exponente de una nacionalidad engrandecida a la base de una regeneración poderosa. Pero odio su influencia y su prestigio en los pueblos de individualidad empobrecida. Amad vosotros la riqueza cuando se prodiga, como en la gran República de Carnegie, para unir a los hombres, para curar miserias, para educar a nuevas generaciones. Temedla, condenadla cuando es el *decorum* de una vida inútil, el instrumento de individualidades deleznable, la reserva de inauditos egoís-

mos. Sobre todo, os lo pido con el último clamor de mi alma envejecida, no fundéis la *pambeocia* que irritaba a Renan; sed guardianes celosos de la aristocracia del espíritu. No permitáis que Calibán, rebelde e inmoral, enriquecido y vulgar, ambicioso y estéril, se entronice sobre la voluntad enmohecida de la muchedumbre».

El anciano calló, agotado por el esfuerzo y entristecido por sus visiones. La noche envolvía su oración en el misterio de las sombras. Y silenciosos ambos, meditando en la gravedad de estas cosas, hubiéramos querido, como el bracmán del Ganges, imponernos al destino por la fuerza de una voluntad santificada. El anciano miraba inquietamente, como impulsado por una plegaria interior, la vasta soledad del cielo obscurecido. De pronto se levantó animado por la luz de un mensaje celeste. La estrella de la tarde iluminaba castamente con leve beso de plata la nevada cabeza del anciano pensativo.

«Es hora ya de terminar —dijo— esta charla platónica, que hubiera sido bella y serena bajo los plátanos sagrados del Academo. Y hablando a los jóvenes, todo sermón laico debe conducir a la acción y a la esperanza. No sé si vosotros olvidaréis a vuestros predecesores en la vida; no sé si miraréis con sonrisa escéptica mis palabras de convencido desencanto. «Siempre que aparece una nueva generación —dice una sudra del viejo Korán—, maldice ella de su hermana, la anterior». Y yo soy de los viejos, aunque en el alma lleve el grano de una fe superior a las decepciones. Pues bien; quiero deciros el motivo íntimo de mi limitada esperanza. Creo que contra todas las fuerzas del pasado, contra todas las fatalidades del medio y de la raza, hay una energía que, presidiendo a la evolución de los cerebros, en la escuela y en la vida, impide el señorío del instinto, de la mediocridad y de la ignorancia. Ya sabéis mi fe en la educación racional y libre, activa y orgánica. De lejos, con la exaltación de mis viejos días, he podido seguir un movimiento enérgico y simpático de juventud alrededor de un maestro admirado. ¡Qué bella indisciplina, qué santo horror a la escolástica armazón del viejo magisterio, qué noble entusiasmo de una legión que me recordaba a las universidades libres y renovadas del Renacimiento! Yo también he conocido a ese maestro de alma grande, de juventud espiritual y de cerebro dúctil. Agrupaos en torno de ese director laico de vuestras conciencias, de ese gran trabajador en la lucha por la cultura. Estudiadlo y seguidlo, que con él no iréis a tierras de fanatismo, de mediocridad o de barbarie.

«Es grande vuestro deber. La democracia nacional exige una selección. Y renegaríais de vuestro pasado republicano si fundarais esa dife-

rencia en prejuicios oligárquicos o en influencias de plutocracia. Haced la selección de la cultura, de la superioridad moral y del civismo, y tendréis las bases seguras de la grandeza nacional.

«He escuchado nuevos acentos entre vosotros, y ha sido como una caricia de primavera en largo día invernal. Quiero creer que esas voces son las voces de todos. Quiero pensar que, como en la epopeya antigua, buscáis aedas que expresen el nuevo verbo de vuestras conciencias. Entonces, ¡qué pródigas consolaciones para este anciano envuelto ya en la tibieza de un sudario! ¿No sería prematuro anunciaros un nuevo Evangelio? Y sin embargo, veo ya gérmenes de un ideal fecundo. Uno de los vuestros ha analizado con arte magistral, con entristecido patriotismo, nuestra literatura y nuestra política. Voy a recoger aquí su crítica y su anhelo. «La educación política del Perú —ha dicho él— es muy viciosa, la moral muy raquíta y vacilante, pero el remedio no consiste, de seguro, en limitarse a maldecir y denigrar... En vez de arrojarnos mutuamente fango, unamos nuestros esfuerzos, y veamos si todavía se puede salvar algo de este naufragio de ilusiones y esperanzas que se llama historia de la República del Perú».² Yo creo que este joven espíritu es de los que llamaba Paul Desjardins *positum*, en un libro bellísimo sobre «deber presente», es decir, un alma que afirma y cree que tiene un ideal y una esperanza. Otro legionario que sale de vuestras filas, ha estudiado en bella lengua las consecuencias funestas del inmoralismo nietzschiano en los pueblos débiles, hostiles a toda disciplina interior. Y en páginas que tienen el lírico aliento de un Zaratrusta bíblico, un Benjamín de vuestro clan literario, ha anunciado la venida del Antropomega, realizador de la armonía humana y salvador del yo. Cuando la juventud, separándose de toda frivolidad y de todo abandono, creyente sin ceguera, optimista sin utopía hasta en tales maduras palabras del ideal y de la vida, hasta en los ancianos —creedlo, amigos generosos— renace la olvidada esperanza. Es dulce morir así con la fe en vuestros destinos, con la conciencia de que sobre nuestras tumbas se cantarán himnos de confianza, de salud y de victoria. Ya quiero el beso casto de esa amada invulnerable.

«Sobre todo, almas primaverales, olvidad los mezquinos consejos de una vanidad hereditaria. No creáis que antes de vosotros no hubo almas grandes ni cerebros fecundos. No condenéis el pasado, con injusta y enfermiza presunción. Aceptad la imperfección de un legado, que

² José de la Riva Agüero, *Carácter de la literatura del Perú independiente* (tesis para el bachillerato de Letras en la Universidad de San Marcos). Lima: Librería Francesa Científica Galland, 1905, p. 214. [THM]

sería superior si para ello hubieran bastado patriotismo y generosidad en nuestra historia. Tened siempre el culto de las ideas grandes y seréis dichosos, porque según la sabiduría de Maeterlinck, que sabe de la virtud y del destino, «el hombre más feliz será siempre aquel en quien la más grande idea viva con el ardor más grande». Y ese ardor amoroso para las ideas os hará superiores al dolor, a la fatalidad y a la muerte. Pondrá entre vosotros esa religión un vínculo indefinidamente expansivo, la simpatía de las ideas, que en las almas jóvenes es también simpatía de los corazones. Dejaos llevar por esa sugestión del dios que, en la teogonía de Hesíodo, preside a la generación de todas las cosas. Eros, el más bello de los inmortales; que infunde dulce languidez a los hombres y a los dioses, que doma corazones y triunfa de los sabios consejos.

«Y exaltad, con impulso indestructible, la vida, que es bella, que es santa, que es misteriosa y sublime en sus desarmonías. Amadla por el calor y por la luz y por la sombra, por el mismo ardor de tierras y mujeres, por todos los sueños de belleza que sugirió en la piedra, en la tela polícroma, en el mármol olímpico, en la armonía infinita, en el verbo semidivino; porque ostenta lirios de virtud y adelfas de pecado; porque, con la impureza de milenarios gérmenes, ha sabido ganar el corazón de Francisco de Asís y el cerebro de Dante; porque, afirmadora y soberana, levanta su propio culto contra las venganzas del destino, bajo la estéril amenaza de los cielos. Vosotros, que sois el símbolo de la vida, en su riqueza primaveral, escuchad mi último canto de convencido, que aprendí en el *Laus Vitae*, de D'Annunzio: decidlo siempre en las grandes etapas de vuestra acción y de vuestro pensamiento:

*O vita! o vita!
dono dell'Immortale
.....
chi t'amò en la terra
con questo furore?*

Y calló el anciano, y besé su mano enflaquecida, en la cual se agitaba la sangre del entusiasmo oratorio. Y fuime repitiendo el verso de Ovidio, nunca más cierto que bajo la persistente sugestión de una palabra de vidente: *Est deus in nobis: agitante calescimus illo.*